

## CONSTRUCCIÓN DE PERIFERIAS Y PRODUCCIÓN DE LO LOCAL EN LAS CUMBRES DE EL ALTO-ANCASTI

*Marcos N. Quesada\**, *Marcos R. Gastaldi\*\** y *M. Gabriela Granizo\*\*\**

Fecha de recepción: 27 de octubre de 2011

Fecha de aceptación: 03 de agosto de 2012

### RESUMEN

*En este trabajo, analizamos la estructuración del paisaje arqueológico de la segunda mitad del primer milenio en las tierras altas de la serranía de El Alto-Ancasti. La caracterización de un paisaje aldeano agro-pastoril en términos de los componentes que lo conforman, la manera en que se relacionan y, sobre todo, el modo en que constituyeron tecnologías de interacción mediante las cuales se establecían relaciones de vecindad, nos permiten revisar el lugar marginal ocupado por el mismo en las narrativas arqueológicas. A su vez, este reposicionamiento del margen nos permite, al final del texto, interrogarnos sobre la validez de la utilización del modelo centro-periferia para la arqueología de esta zona.*

*Palabras clave: producción de lo local – modelos centro-periferia – paisaje arqueológico – sierras de El Alto-Ancasti.*

### THE CONSTRUCTION OF PERIPHERIES AND THE PRODUCTION OF THE LOCAL IN THE ALTO-ANCASTI HIGHLANDS

### ABSTRACT

*In this paper, we analyze how the archaeological landscape of the second half of the first millennium in the highlands of the El Alto-Ancasti range was structured. The characterization of*

---

\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Argentina. E-Mail: mkesada@yahoo.com.ar

\*\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Museo de Antropología, Universidad Nacional de Catamarca, Argentina. E-Mail: mrgastaldi@gmail.com

\*\*\* Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Argentina. E-Mail: gabigranizo@yahoo.com.ar

*an agro-pastoral village landscape, in terms of the components that constituted it, how they were related, and, specially, the way in which they all constituted technologies of interaction by which neighborhood relations were formed, allow us to review the marginal place it occupied in the archaeological narratives. In turn, this repositioning of the margin, allows us, at the end of the text, to ask about the validity of the use of center-periphery model in the archeology of this area.*

Keywords: *production of locality – center-periphery models – archaeological landscape – El alto-Ancasti range.*

## INTRODUCCIÓN

Periferia, margen e interacción son algunos de los tópicos con los que normalmente se ha referido a la vertiente oriental de los Andes. La definición geográfica mencionada presupone y define a este espacio como parte y límite de un área no sólo geográfica sino cultural. En el caso del área de la Sierra de El Alto-Ancasti (Catamarca, Argentina), donde centramos nuestra investigación, desde los primeros trabajos interesados en su arqueología (Ardissone 1945) fue definida como límite de lo andino. Las terrazas de cultivo, tan representadas en el paisaje de la zona, se utilizaron como indicadores de la frontera de la cultura andina –que se suponía homogénea. Más allá de esta frontera, la llanura chaco santiagueña albergaba poblaciones caracterizadas, en la mayoría de los casos –de acuerdo con la topografía cultural del evolucionismo–, como pueblos o culturas menos elevadas. Más recientemente funcionó, según algunos autores, como zona de interacción y margen de los señoríos que ocupaban los valles intermontanos del noroeste argentino (Pérez Gollán y Heredia 1987; Pérez Gollán 1991; Kriscautzky 1995, 1996-97a, 1999; Nazar 2003). En general, desde estas perspectivas, las serranías de El Alto-Ancasti aparecen como zona de pastoreo, de caza y lugar de obtención de productos exóticos –como el cebil– que permitían alimentar las redes de interacción entre las distintas vertientes de los Andes. De esta forma este espacio no fue tomado como punto de referencia o pensado localmente. Las investigaciones que venimos desarrollando desde hace unos años en las tierras altas de El Alto-Ancasti nos han permitido reconstruir un paisaje que podría introducir marcados matices a aquellas interpretaciones. A diferencia de lo que se esperaba, en éste se observa una fuerte inversión de trabajo en infraestructura agrícola, construcción de viviendas y conjuntos aldeanos constituidos y estables. En este trabajo nos centraremos en la caracterización de este paisaje y la producción del espacio local, en términos de establecimiento de relaciones de vecindad, lo que nos permitirá discutir los matices que estas relaciones introducen a las formas en que fue históricamente definido desde la arqueología.

## LAS TIERRAS ALTAS DEL ALTO-ANCASTI: SU LUGAR EN LAS NARRATIVAS ARQUEOLÓGICAS

La región de las tierras altas de El Alto-Ancasti, y podríamos decir las tierras altas del Valle Central de Catamarca, han aparecido en las interpretaciones arqueológicas bajo dos tópicos generales: como espacio de pastoreo dentro de un sistema de complementariedad ecológica o como espacio de obtención de recursos con alto valor simbólico para el intercambio a larga distancia.

Respecto del primero, la variabilidad ambiental de la región de estudio, caracterizada por la alternancia de cerros y bolsones, ha inspirado modelos de complementariedad económica entre diferentes microambientes, en los cuales se propone que las tierras altas pudieron estar especializadas en el pastoreo de camélidos (Pérez Gollán y Heredia 1987; Kriscautzky 1995, 1996-97a, 1999; Nazar 2003), en tanto que las quebradas y piedemonte pudieron haber sido espacios más orientados a la agricultura (Pérez Gollán y Heredia 1987; Pérez Gollán 1991; Kriscautzky 1995, 1996-97 a y b, 1999; Álvarez 2001; Puentes 2003; Álvarez *et al.* 2005); y los fondos de valle, a la colecta

de especies silvestres y caza de animales (Haber *et al.* 1996-97; Kriscautzky 1996-97a, 1999) (Figura 1). Para el caso de la zona de la quebrada de El Tala, en la ladera oriental de la sierra del Ambato, Kriscautzky (1996-97: 33) señaló:

Suponemos que los poblados fueron construidos por individuos de una línea de parentesco que tenían una estrecha vinculación en lo económico, participando de un mismo sistema de explotación del ambiente, basado en agricultura del maíz en las zonas regables por el río principal y en las innumerables terrazas de cultivo, la complementación de ésta con caza de especies silvestres en la parte baja del valle, y la recolección de productos del monte del espinal, en la misma zona, el pastoreo de camélidos en los pastizales de altura” (Kriscautzky 1996-97: 33).

Esta idea involucra también un modelo de geografía política por cuanto supone que la articulación económica entre las diferentes zonas debió requerir de un control político con cierta centralización responsable de coordinar las actividades en las distintas zonas y de mantener la paz interna. De igual modo, se propuso que también las tierras altas de El Alto-Ancasti, especialmente la zona de la cuenca superior del río Albigasta, formó parte de un espacio que, al menos, incluiría sectores del valle de Catamarca y los niveles inferiores y medios de dicha cuenca, y se sugirió que –si bien se pudieron haber realizado allí actividades agrícolas de baja escala– el principal componente económico sería el pastoril (Nazar 2003: 170). Así las tierras altas –incluida la zona en que focaliza esta investigación, las tierras altas de la serranía de El Alto-Ancasti– conformarían una suerte de “anillo externo” que actuaría como límite del sistema de articulación económico-político gestionado desde las cabeceras que se supone se ubicaban en las áreas pedemontanas.

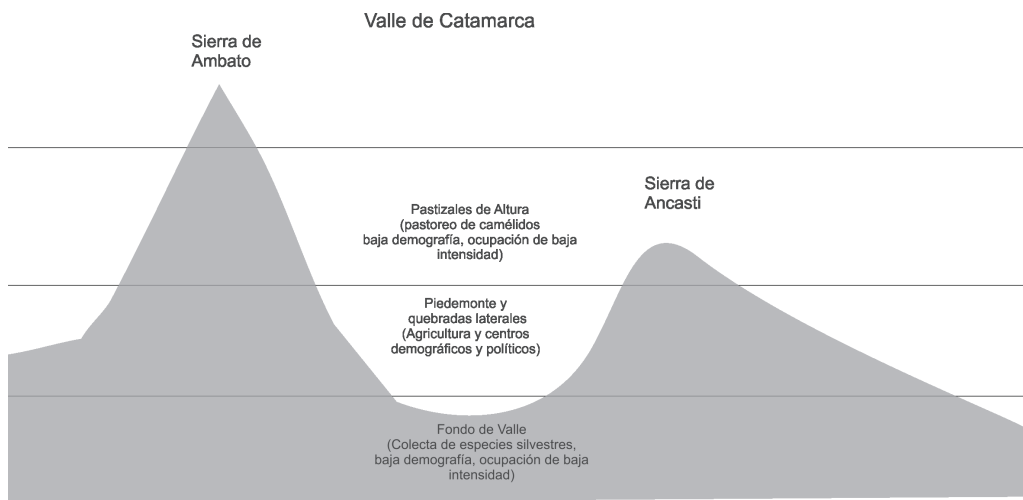


Figura 1. Representación esquemática del modelo de ecología política para el valle central de Catamarca

El segundo tópico bajo el cual se consideró esta zona fue como fuente de recursos de alto valor simbólico que, como el cebil, permitían mediante su intercambio y circulación articular un espacio regional integrado al sur de los Andes (Pérez Gollán 1991, 1994). Se planteó que la falda oriental de la serranía de El Alto-Ancasti con sus bosques de cebil habría jugado un importante rol social en tanto que allí habrían concurrido distintos grupos étnicos, entre los cuales se habrían establecido contactos e intercambio de información (Pérez Gollán 1994: 36; Gudemos 2003).

Dentro de este esquema, las serranías de El Alto-Ancasti aparecen en el contexto del NOA, en primer término, como un área importante en el empleo ritual de distintas plantas alucinógenas y todo el conocimiento vinculado a ello; y en segundo lugar, por su posición geográfica, como eje articulador del tráfico de estos vegetales psicoactivos (Pérez Gollán 1994: 36). En este contexto, las tierras altas conforman, entonces, lugares de paso que permiten unir estas redes de intercambio de objetos y conocimientos exóticos, que a su vez alimentarían el poder de las elites que controlaban los señoríos.

Hay, al menos, dos supuestos que actúan en la base de estos tópicos. Por un lado, la idea de que la naturaleza realmente se ordena según franjas altitudinales y no que esta manera de concebir el ambiente es una construcción cultural con orígenes históricos concretos y sentidos políticos claramente identificables. El otro supuesto, particularmente poderoso en la arqueología del noroeste argentino, es que la espacialidad de los procesos históricos se organiza en geografías políticas caracterizadas por la existencia de centros y periferias.

Brevemente: es posible rastrear el modelo de zonas altitudinales hasta al menos el incario, cuando la reproducción de la estructura estatal se vio acompañada con la generación de formas conceptuales y prácticas de simplificación del ambiente y maximización de las formas productivas (Earls 1991). Un número importante de arqueólogos se sintieron muy cómodos con esta forma de conceptualizar la variabilidad ambiental, principalmente por medio de la incorporación de la valiosa investigación de Murra (1975) sobre la geografía y ecología política de los señoríos aimaras del Titicaca. Murra consideraba que ciertas formas políticas de control de la producción daban lugar a la conceptualización del ambiente como formado por “pisos ecológicos” especializados en determinadas formas productivas. Es decir, en su pensamiento, la estructura del ambiente era una variable dependiente de la forma en que su explotación era organizada y controlada. Sin embargo, en la arqueología del NOA muchas veces se invirtió la relación entre estas variables de modo que frecuentemente se buscó derivar procesos económicos y políticos mediante la mera observación de las características ambientales<sup>1</sup>. En ese marco, las tierras altas de pastizales fueron frecuentemente vinculadas a economías especializadas en el pastoreo. Existen, en cambio, modos alternativos de comprender la variabilidad ambiental. Por ejemplo, Zimmerer (1999) caracterizó una lógica distinta al definir lo que llamó modelo de “solapamiento en parches”, que muestra lógicas campesinas que organizan el ambiente de maneras muy diferentes a como lo conciben los modelos de zonificación altitudinal, al crear espacios productivos muy diversificados donde aquellos predicen economías especializadas. Resulta claro también que estas formas de ordenamiento de la diversidad ambiental suelen relacionarse con condiciones sociales de producción en las cuales los grupos campesinos gozan de mayor autonomía.

El otro supuesto es aquel que asume que el desarrollo cultural del área valliserrana puede ser concebido en términos de centros y periferias. Según Núñez Regueiro y Tartusi (1993), la historia prehispánica de la región valliserrana del NOA puede ser conceptualizada como una sucesión de procesos sociales que se articulaban en torno a “polos de desarrollo”. En este esquema, los polos de desarrollo estaban fuertemente vinculados a la administración del culto, pues se trataba de centros ceremoniales. Pero si bien este fue el esquema de organización centro-periferia más explícito, en general, los modelos de desarrollo cultural de la región imaginaron estas formas de espacialidad para las relaciones sociales. De ese modo, resultó usual que diversos investigadores propusieran distintos centros de desarrollo cultural. Hubo diferentes nociones sobre el carácter religioso o secular de tales centros, los cuales pudieron haber sido lugares de culto o residencia de elites. También se discutió sobre la centralidad de cada centro para un espacio o período particular, pero definitivamente hubo acuerdo respecto de que tales centros debieron existir (Pérez Gollán y Heredia 1987; Gordillo 1990, 1995; Pérez Gollán 1991; González 1998). Ahora bien, en la medida en que se trata de términos relacionales, para la postulación de cualquier centro resulta indispensable el establecimiento de una periferia; es decir, de un área marginal y subordinada a aquel. Al respecto, los modelos de zonificación altitudinal resultaron del todo útiles,

pues ya establecían para ciertos espacios una marginalidad ambiental de la cual la marginalidad económica y política de los modelos centro-periferia no era más que una consecuencia natural. En esta estructura de pensamiento, las tierras altas de pastizales resultan directamente asociadas a economías pastoriles, al tiempo que los bosques serranos lo son principalmente a economías de caza y recolección apareciendo ambas áreas subordinadas políticamente a otros ambientes que suelen vincularse, en estos esquemas de geografía económica, a la producción agrícola.

Nuestro relevamiento del paisaje arqueológico en las serranías de El Alto-Ancasti comienza a mostrar una forma de construcción del espacio social un tanto alejada de lo esperado para una periferia, al menos del modo en que se piensa que ésta debería ser en la zona que nos ocupa. Hay allí áreas de mayor densidad de viviendas y espacios agrícolas, que lo hacen más semejante a comunidades campesinas autosuficientes que a enclaves productivos dependientes de centros políticos más o menos distantes. De ello hablaremos en el siguiente apartado, pero antes vamos a proponer que no se trata sólo de prestar atención a áreas de investigación antes no consideradas para integrarlas a los modelos de geografía o ecología política que venimos reconstruyendo críticamente, sino de cambiar la perspectiva para interrogar esos modelos desde los contextos locales. Con local aquí no hacemos referencia a una mera cuestión de escala espacial sino, de acuerdo con la formulación de Appadurai, como algo primariamente relacional y contextual: “Una cualidad fenomenológica compleja constituida por una serie de relaciones entre un sentido de la inmediatez social, las tecnologías de interacción social y la relatividad de los contextos” (Appadurai 2001: 187). El mismo autor proponía que gran parte del registro etnográfico (vamos a extender lo dicho también al registro arqueológico) podría ser reescrito y releído pensando en términos de cómo las sociedades se encuentran en procesos continuos y nunca acabados de producción de lo local. Según Appadurai, lo local es un logro social inherentemente frágil (Latour [2008] amplía esta condición a toda relación social, sea ésta local o no local), y por lo tanto debe ser cuidadosamente cultivado y protegido de fuerzas y probabilidades en su contra. Por ello, gran parte de la producción de sujetos locales, y lo que el autor denomina la materialidad de lo local, está abocado a esa tarea. De especial interés para nuestro planteo es el uso que hace Appadurai (2001) de la noción de *vecindario* para referir a la forma concreta en que se constituye lo local en cuanto dimensión o valor. Nuestra caracterización del paisaje de las tierras altas de El Alto-Ancasti, entonces, estará orientada en esa dirección, es decir, a la identificación de las formas concretas de construcción de las relaciones de vecindad. Siguiendo esta línea de reflexión, la reconstrucción arqueológica de los vecindarios podría ser conceptualizada en términos de la reconstrucción de los paisajes de la vida cotidiana a escala doméstica y comunitaria, entendiéndolos como mediadores en la constitución de instancias de interacción, de encuentro, de disponibilidad. Nuestra perspectiva, inspirada en parte en la visión fenomenológica de Ingold (1993) y Thomas (2001), buscará explorar una dimensión experiencial de habitar el paisaje de El Taco durante el primer milenio reconociendo el modo en que ciertas prácticas habituales –como las tareas agrícolas, recorrer las sendas o el mero mirar el entorno desde las viviendas– eran medios para generar condiciones de inmediatez social.

## LA PERIFERIA VISTA DESDE LA PERIFERIA

A pesar de la importancia que revisten las tierras altas aledañas al valle central de Catamarca en la caracterización de la economía política del pasado prehispánico regional, han recibido, relativamente, poca atención expresada en trabajos sistemáticos. En las prospecciones y en las investigaciones arqueológicas realizadas en la región, en general, se han priorizado las áreas de piedemontes y quebradas y luego los deprimidos fondos de valle (Herrero y Ávila 1993; Kriscautzky y Togo 1994; Assandri y Juez 1996-97; Haber *et al.* 1996-97; Assandri y Laguens 2003; Assandri 2005, entre otros).

Antes que nosotros, otros investigadores mencionaron algunos elementos constitutivos del paisaje arqueológico de la zona cumbre de las serranías de El Alto-Ancasti. Entre ellos Ardissonne (1945) describe algunos conjuntos de terrazas agrícolas, mientras que Difrieri (1945) hace lo propio en relación con los morteros que encontró allí. Barrionuevo (1972) excavó una vivienda prehispánica en la localidad de Nanahuasi. No es casual que este interés por describir tales contextos locales se produjera antes de que los modelos de centro-periferia y de complementariedad ecológica restaran importancia a las investigaciones en las tierras altas. Recién en 2003, Nazar llevó adelante su investigación de tesis de grado, que es el antecedente más importante en el área, a la cual haremos referencia en repetidas oportunidades en este trabajo. Más recientemente, algunos investigadores se han volcado a realizar estudios sistemáticos en esta zona, como Inés Gordillo y José Dlugosz (Dlugosz 2005; Gordillo *et al.* 2011).

Nuestra investigación se desarrolla en un área próxima a la localidad de El Taco, en la cuenca superior del río Albigasta, más precisamente en las cabeceras del arroyo de Anquincila (Figura 2). Allí, dos pequeños cursos de agua permanente actúan como colectores y definen una cuenca imbrífera de unas 1.500 ha. El terreno dista de ser uniforme, por el contrario, está caracterizado por innumerables pequeñas quebradas separadas por lomadas no muy elevadas cuyos flancos están recorridos por suaves cañadas que desembocan en los arroyos colectores. De tal modo, la superficie está conformada por la alternancia de relieves positivos y negativos. Los suelos suelen ser rocosos, excepto en las cañadas y fondos de las quebradas, donde se acumularon potentes depósitos aluviales. En algunos sectores positivos en la cumbre de las lomadas existen explanadas de suelos loésicos que son relictos de una extensa peneplanicie que en otros tiempos geológicos cubría gran parte de la cumbre de las serranías (Sayago 1983). Es importante destacar la existencia de estas explanadas elevadas, pues ellas, junto con las cañadas, son los ámbitos que han sido más transformados por la ocupación humana. El área fue prospectada intensivamente mediante un método de transectas paralelas<sup>2</sup> separadas una de otra por 50 m. De los sitios detectados hay dos categorías principales: a) conjuntos habitacionales y b) áreas agrícolas<sup>3</sup>.

### *Conjuntos habitacionales*

De este tipo de sitio detectamos un número de diecinueve (Figura 3). Los conjuntos habitacionales muestran una cierta variabilidad en cuanto a su tamaño, cantidad de recintos y en la manera en que estos se articulan entre sí. Entre los conjuntos más grandes se cuentan ET 10, ET 11 y ET 19. Estos conjuntos mayores pueden tener más de veintiocho recintos, como en el caso del último de los mencionados. Suelen mostrar un sector de mayor densidad arquitectónica, que consiste en una serie de recintos amplios (que pueden superar los 30 m de lado) que pudieron haber actuado a modo de patios. Alrededor de estos se disponen otros recintos más pequeños (de hasta 4 m de lado), que pudieron haber sido de habitación o, al menos, haber estado completamente techados. Algo más alejados, pero definitivamente integrando el conjunto habitacional, pueden aparecer otros recintos amplios y también muros bajos paralelos que conforman niveles aterrizados de probable uso agrícola.

La Figura 4 muestra la planta de ET 19, que es el más extenso de los conjuntos de habitación detectados. Consiste en una serie de cinco recintos de grandes dimensiones (R11, R14, R18, R23 y R28) alrededor de los cuales se dispone un conjunto de al menos veintitrés recintos más pequeños. En algunos casos, estos aparecen adosados entre sí conformando, quizá, unidades menores dentro de este sitio. Al norte de este conjunto concentrado se dispone un recinto relativamente amplio (R5) que aprovecha los afloramientos de rocas para lograr el cerramiento. Al este se disponen unos muros bajos en dirección norte-sur, que debieron ser aterrazamientos agrícolas.

Otro ejemplo, ET 11 (Figura 5), consta de un sector más concentrado en el cual, vinculados a los recintos mayores R3, R5, R8 y R10, se dispone un conjunto de recintos menores (R1, R2,



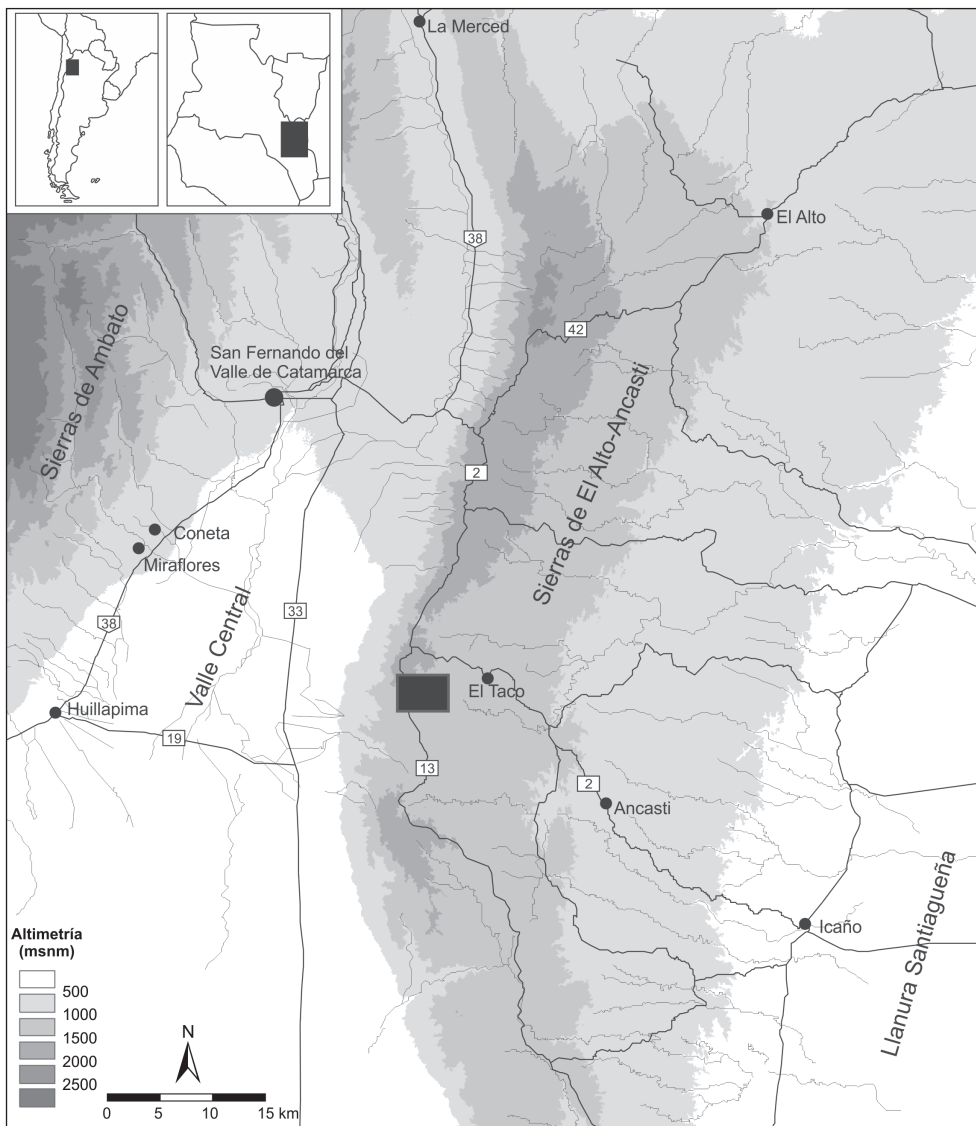


Figura 2. Cartografía de la serranía de El Alto-Ancasti. El rectángulo negro próximo a la localidad de El Taco corresponde al área representada en la Figura 3

R4, R6, R7 y R9). Cerca de este conjunto, R11 aparece separado arquitectónicamente. A unos 55 m al norte se disponen un par de pequeños recintos apareados (R13 y R14). Al noroeste, el recinto R12 se ubica sobre un espacio aterrazado por un largo muro curvo. Finalmente, a unos 80 m hacia el este se ubica el recinto R15, de grandes dimensiones y, cerca de éste, los restos mal conservados de lo que podría haber sido un recinto de menores dimensiones (R16).

Los conjuntos habitacionales más pequeños están constituidos ya sea por un único recinto de gran dimensión, dos recintos pequeños próximos pero no adosados, un recinto pequeño aislado, un recinto grande con uno pequeño adosado y dos recintos grandes próximos pero no adosados. Algunos ejemplos de estos sitios más pequeños aparecen en las Figuras 6 y 7. Vale aclarar que



Figura 3. Mapa de distribución de los conjuntos de habitación detectados. El rectángulo en la esquina superior izquierda corresponde al sector detallado en la Figura 8

esta caracterización no supone la definición de tipos arquitectónicos, sino más bien una primera sistematización de las observaciones de campo. En algunos casos pueden verse, en proximidad de los recintos descritos, algunas lajas dispuestas de canto que apenas asoman en la superficie, o cortas sucesiones de rocas que pueden ser evidencia de otros recintos casi sepultados o mal conservados. De confirmarse la existencia de tales eventuales estructuras, la caracterización de esos conjuntos deberá entonces modificarse. Una segunda advertencia va en relación con los sitios conformados por un único recinto amplio aislado, que a primera vista se asemejan más a corrales que a unidades habitacionales (por ejemplo, ET 21 en la Figura 7). Su inclusión en la categoría de conjuntos habitacionales se debe a que en algunos de ellos hemos hallado en superficie restos tales como cerámica tiznada, huesos calcinados y fragmentos de carbón, que podrían corresponder más a desechos domésticos que a aquellos esperados para un corral. Por otro lado, estos recintos están contruidos con las mismas técnicas de albañilería empleadas en los recintos de los conjuntos que sí parecen casas y también comparten la misma lógica de localización, como se verá. En resumen, no está clara la funcionalidad de estos recintos grandes aislados, los cuales deberán ser objeto de estudios más detallados, aunque ciertos indicios nos hacen pensar en una función residencial, al menos durante parte de su vida útil.

Como muestran las cartografías, las formas en planta son principalmente cuadrangulares. Las excavaciones recientemente iniciadas en ET19 (recintos R1 y R2 en la Figura 4) revelan ciertos detalles de las técnicas constructivas. Los muros tienen dos cuerpos. El inferior consiste en una doble hilera de lajas de esquisto dispuestas de canto dejando entre ellas un espacio que fue rellenado con tierra (que al parecer contenía materiales arqueológicos). La altura de este cuerpo es variable en función de la altura de las lajas, que en algunos casos alcanzan a superar 1 m de longitud. El cuerpo superior está conformado por una mampostería de rocas de tamaños variables, aunque ya



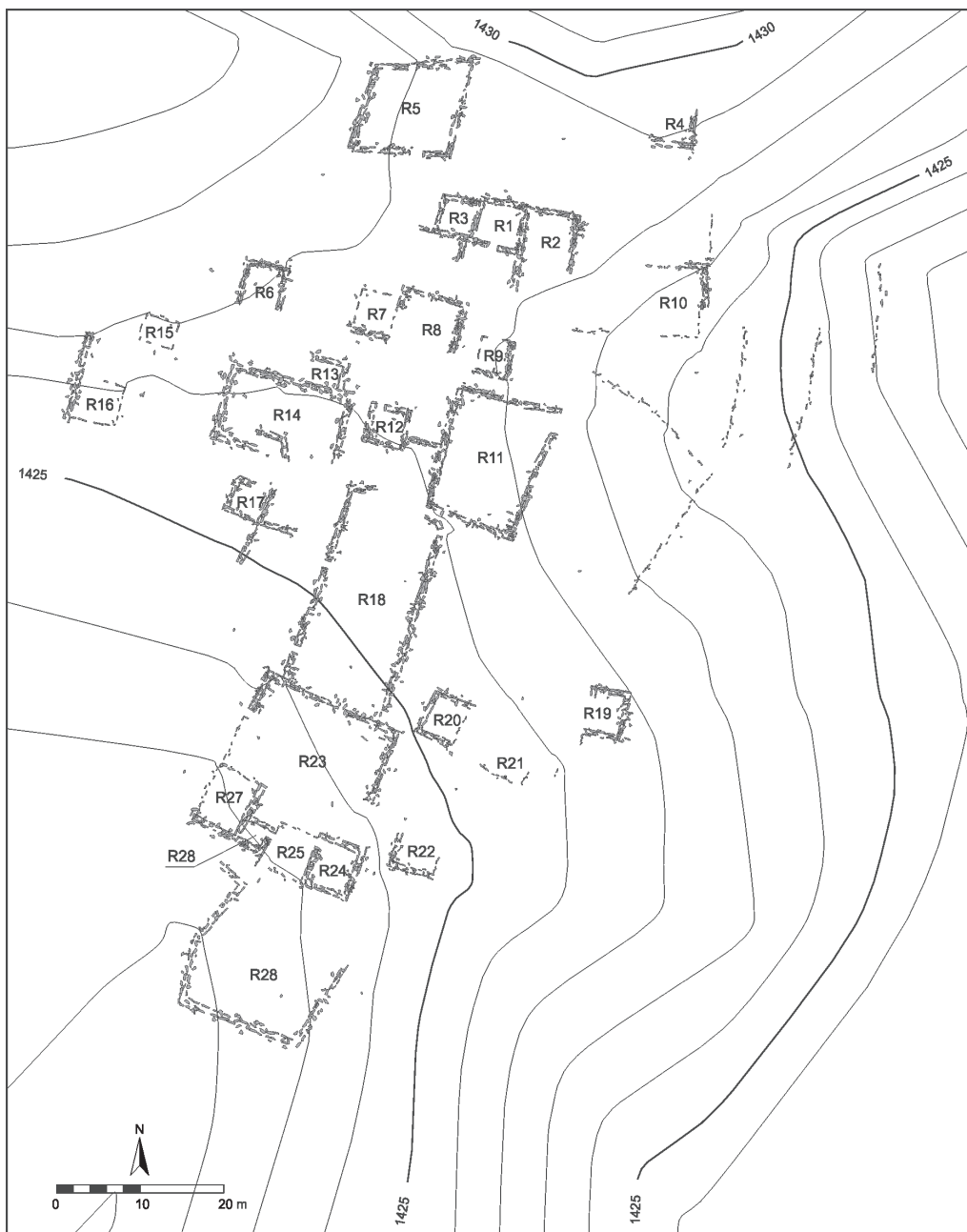


Figura 4. Planta del sitio ET 19

no lajas, dispuestas horizontalmente, dejando una cara más regular de la roca hacia el exterior del muro. Desconocemos la altura que alcanzaba este componente superior porque aparece muy derrumbado, pero podemos presumir, por la gran cantidad de rocas derrumbadas extraídas en la excavación, que pudieron haber alcanzado una altura considerable.

De acuerdo con las observaciones en el terreno, esta técnica de construcción parece haber sido usada indistintamente, tanto para la construcción de los recintos pequeños como para la de

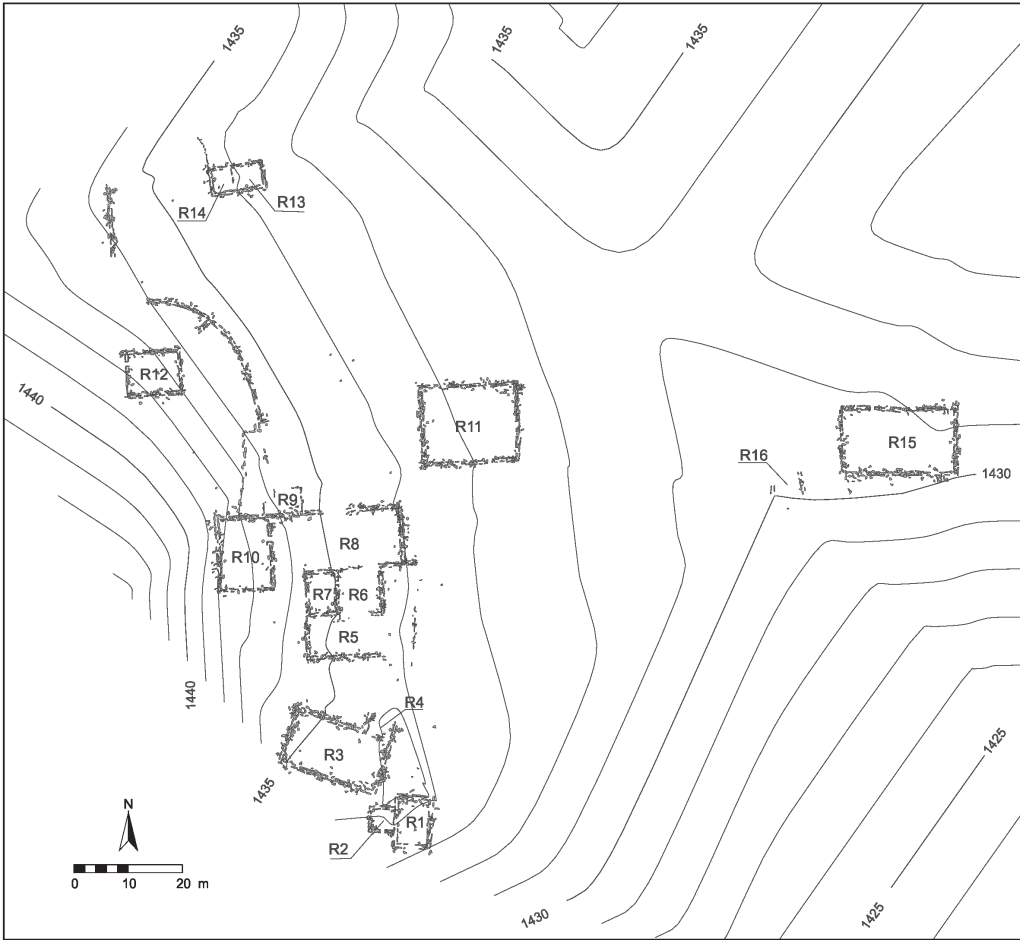


Figura 5. Planta del sitio ET 11

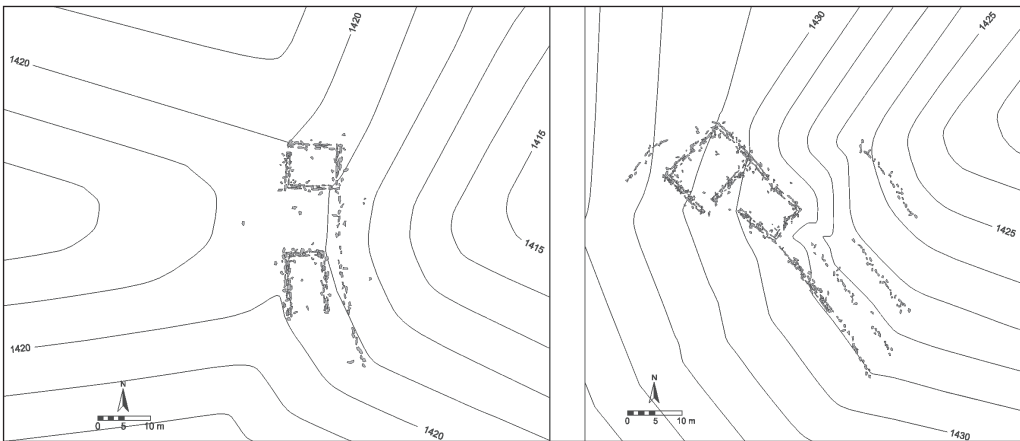


Figura 6. Plantas de los sitios ET 14, a la izquierda, y ET 18, a la derecha



Figura 7. ET 21 visto desde el sur

los más amplios, pues son las lajas verticales que sobresalen del sedimento las que nos permiten reconocer las formas de las plantas en la superficie. Es posible, sin embargo, que algunos cerramientos pudieran haber sido realizados con otras técnicas y materiales, como se ha identificado en otros sitios contemporáneos del valle central de Catamarca y de Ambato. De hecho, en términos generales, la arquitectura de los sitios de El Taco muestra marcadas similitudes con aquellos tanto en las técnicas constructivas, en particular con los sitios de la quebrada de El Tala, como en la preponderancia de las plantas cuadrangulares y la importancia de los patios en la estructuración de los conjuntos habitacionales (Gordillo y Ares 2005; Ares 2006; López *et al.* 2006).

### *Espacios agrícolas*

Las prospecciones han puesto en evidencia que un gran número de las cañadas que descienden hacia los colectores principales han sido materialmente acondicionadas para la práctica del cultivo (Figura 8). Esto sucedió específicamente mediante la construcción de muros que, atravesando las cañadas, formaban sucesivos niveles aterrizados (Figura 9). La cantidad de terrazas agrícolas es importante, sólo en el área representada en la cartografía de la Figura 8 detectamos un número de 308 casos. Las características de estos muros dependen de la fisonomía del terreno donde están emplazados. Así, el largo está en relación con el ancho del fondo de la cañada, en tanto que la altura está en función de la pendiente; es decir, cuanto más empinada sea ésta, mayor será la altura del muro. Frecuentemente adoptan en planta una forma de arco con la abertura en sentido de la pendiente, aunque también los hay rectos, e incluso es posible hallar ocasionalmente algunos casos en los cuales la forma de arco se dispone en sentido inverso, es decir, con la curvatura en sentido de la pendiente. En general, se trata de muros simples, aunque hemos registrado casos de muros de doble paño. Al parecer, esta última forma de construcción está presente en los muros de mayor longitud. Por otro lado, resulta muy común encontrar que se aprovecharon afloramientos naturales para la construcción de las terrazas. De tal modo, además de economizar trabajo se lograba una mayor estabilidad de la estructura, que quedaba entonces “anclada” en la roca viva. Algunas cañadas han sido aterrizadas por más de una docena de niveles de muros, pero también se dan casos en los que pequeños huaicos han sido acondicionados por sólo un par e, incluso, por un único nivel de terraza. Si bien la mayor cantidad de terrazas agrícolas fueron registradas en el interior de las cañadas, también aparecen en las explanadas altas junto a las casas, como mencionamos al describir los conjuntos residenciales.

Hay, además de las terrazas, otro tipo de estructura vinculada a la práctica agrícola. En algunas cañadas se activaron procesos de erosión retrocedente que dieron lugar a la formación de cárcavas que pusieron en peligro la integridad de algunos de los espacios agrícolas aterrizados. En

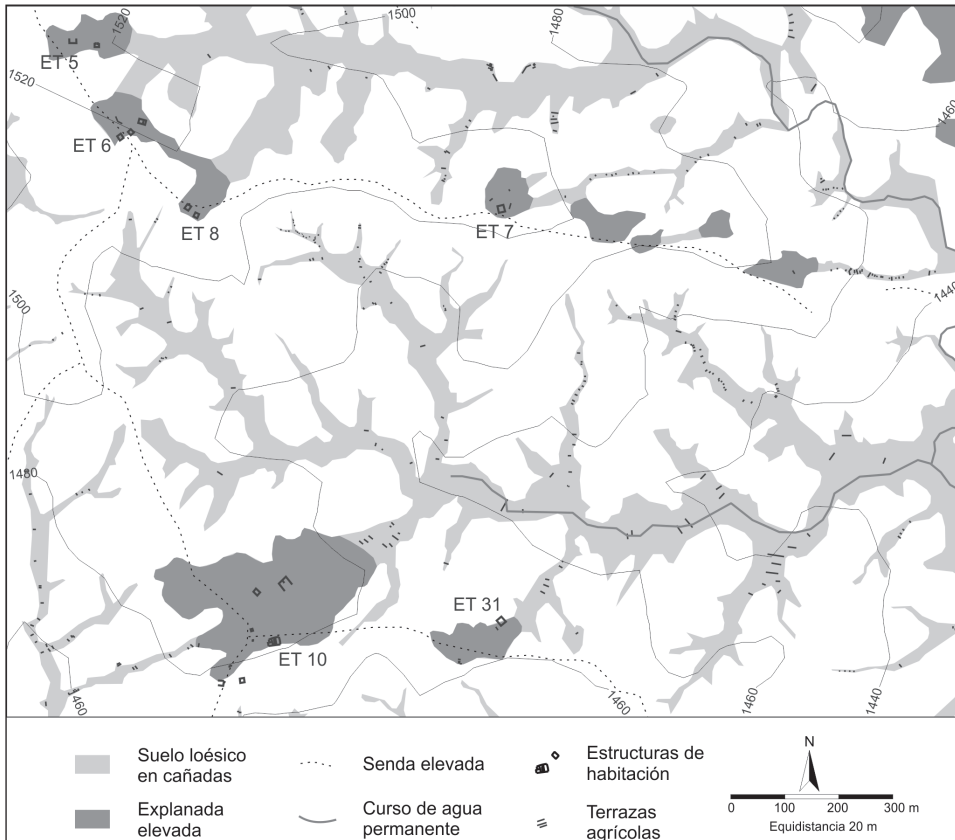


Figura 8. Detalle de un sector prospectado donde se muestra la ubicación de las terrazas agrícolas. El área en cuestión está indicada en la Figura 3



Figura 9. Ejemplos de terrazas agrícolas

algunos casos hallamos –en el interior de estas cárcavas, y en particular en el frente de erosión– muros de hasta dos metros de altura que parecen haber estado destinados a detener, o al menos demorar, el avance del proceso erosivo. En la actualidad, la mayoría de estas estructuras aparecen derrumbadas, pues la misma erosión provocó el colapso de los muros, pero en algunos casos, en lugar de derrumbar el muro, avanzó por un costado de modo tal que podemos observar casos de muros colgados a los lados de las cárcavas. Este tipo de evidencias resulta de suma importancia en tanto muestran el diálogo permanente de los campesinos con la tierra y el agua en un proceso cuya duración exacta aún desconocemos.

Ahora bien, ¿cómo se articulan estos tipos de estructuras en la construcción concreta de los paisajes campesinos? Existe una clara relación entre los conjuntos habitacionales y las explanadas elevadas: las viviendas se ubican sólo en estas geoformas. No hemos podido detectar ningún caso de conjunto habitacional en, por ejemplo, las cañadas o las terrazas aluviales de los colectores principales. Nazar (2003) encontró, mediante una metodología de prospección orientada principalmente a medir densidades artefactuales en un área próxima a la que nos interesa aquí, que los relieves positivos proporcionaban mayor cantidad de artefactos por unidad de superficie. Sobre esta base propuso que, al menos, parte de la explicación de tal fenómeno podría deberse al hecho de que en los relieves negativos predomina la acumulación sedimentaria y, por lo tanto, la visibilidad de restos arqueológicos en superficie sería menor allí. Sin embargo, no parece ser este factor el que podría explicar la ausencia de conjuntos de habitación en los relieves negativos, ya que sí hemos podido detectar, en estos, otro tipo de estructuras, como las agrícolas, y en cantidad. Parece factible entonces que, al menos en este caso, la ausencia de evidencia sea realmente evidencia de ausencia. Por el contrario, como ya indicamos, las terrazas aparecen tanto en las explanadas elevadas como en las cañadas que descienden desde éstas a los colectores principales. Es decir, parecen vincularse a los suelos loésicos profundos antes que a una geoforma en particular. La cartografía de la Figura 8 muestra la distribución de sitios en un sector del área prospectada donde pueden observarse los numerosos casos de terrazas agrícolas detectados. Obsérvese también que hay una tendencia a habilitar para el cultivo los colectores de orden inferior antes que los principales. Una posible explicación de tal elección sería que, en caso de lluvias –que en esta zona pueden ser torrenciales y/o persistentes–, los cursos menores difícilmente logran reunir y canalizar un volumen de agua tal que pudiera poner en riesgo los plantíos, en tanto que los arroyos principales pueden ya reunir caudales de importancia. Pero además, se debe considerar que, dado que estos colectores de orden inferior son los que descienden desde las dorsales topográficas y las explanadas elevadas, también resultan generalmente sectores próximos a los conjuntos de habitación. Quizá esta proximidad relativa haya sido también un aspecto que intervino en la decisión de emplazamiento de las terrazas agrícolas. Se trata de un factor que deberá ser analizado con mayor detalle en el futuro.

La ausencia de canales asociados a las numerosas terrazas reforzaría la idea de que la agricultura en El Taco parece haber sido practicada a secano. Ya Ardissonne (1945) se había ocupado de mostrar que la cumbre de la serranía de El Alto-Ancasti posee un gradiente de humedad marcadamente más elevado que los fondos de valle adyacentes, principalmente durante los meses de verano, lo cual permitiría prescindir del riego artificial. Ya hemos mencionado la poca estandarización de la configuración de las parcelas (diferencias en las formas que adoptan los muros vistos en planta), la variabilidad de las técnicas de construcción y el oportunismo manifiesto en el aprovechamiento de los afloramientos naturales. Podría pensarse, entonces –a nuestro juicio, erróneamente– que esta aparente simplicidad de la infraestructura de cultivo, a lo que se sumaría la ausencia de riego artificial, serían elementos indicativos de una tecnología rudimentaria y/o expeditiva. Sin embargo, visto desde otro ángulo, se presenta como una tecnología sumamente flexible, pasible de ser adaptada con apenas algunos cambios a las diversas configuraciones que adopta el accidentado terreno donde está emplazada. De hecho, es básicamente la misma tecnología de aterramiento la que permitió habilitar para el cultivo vastas extensiones de terreno tanto en las cañadas más



amplias como en algunos pequeños huaiicos. Se trata, por otro lado, de una tecnología sumamente estable, que permanece hasta el día de hoy, aún en un ambiente de alta energía como el que nos ocupa, y sin mantenimiento desde hace siglos.

Debemos reconocer que aún no tenemos un panorama claro de la cronología de cada sitio que nos proporcione elementos más certeros sobre una posible simultaneidad de ocupación de algunos de estos. Las excavaciones en ET19 han proporcionado muestras cuya datación ubica la ocupación del sitio entre los siglos VII y VIII d.C. ( $1240 \pm 50$  [LP-2735; hueso];  $1390 \pm 70$  años AP [LP-2583; hueso])<sup>4</sup>. Tenemos previsto realizar excavaciones en otros conjuntos habitacionales que eventualmente serán también datados. Como fuera, los métodos de datación disponibles tampoco son lo bastante precisos como para corroborar fehacientemente que las ocupaciones fueran simultáneas, por lo que toda argumentación a favor o en contra tendrá invariablemente un grado de incertidumbre. Ya se sabe que la ampliación de la escala espacial de análisis conlleva el costo de perder resolución temporal. Por el momento podemos indicar que las cerámicas recuperadas en la excavación de ET19, cuyas características las vinculan al Periodo de Integración Regional, son comparables a las recolectadas en la superficie de los demás sitios, lo cual se suma a las similitudes ya explicadas en la elección del emplazamiento y las técnicas de construcción. Otro problema similar radica en la asignación cronológica de las estructuras agrícolas. Al respecto, podemos indicar que, sobre la base de las prospecciones realizadas, el área de El Taco registra dos momentos de ocupación. Uno es el que estamos describiendo, y el otro es el conformado por la ocupación actual y reciente, representada por viviendas que no parecen ser anteriores a la segunda mitad del siglo XIX. No hemos hallado indicios de ocupación que pudieran ser ubicados cronológicamente en el lapso temporal que en otros sectores del NOA está representado por el período Tardío o de Desarrollos Regionales, ni del periodo Colonial. Es lógico pensar que la gran inversión en infraestructura agrícola que hemos relevado deba corresponderse con un periodo de ocupación relativamente intensa y no con uno de ocupación imperceptible. Los paisajes actuales y recientes están marcadamente volcados a la práctica de la ganadería y caracterizados por puestos aún más dispersos que los conjuntos habitacionales del primer milenio d.C., y por pircas muy prolongadas que delimitan enormes potreros de varias hectáreas de extensión. La agricultura está limitada a pequeñas huertas cerradas adyacentes a los puestos. No hay registros actuales, ni en la memoria oral, de la práctica de cultivo en terrazas en espacios abiertos. La alternativa más viable, entonces, es que la formación del paisaje agrícola y los conjuntos de habitación que venimos describiendo hayan sido parte del mismo proceso.

Retomando la discusión que nos trajo hasta aquí, si bien algunos sitios parecen corrales, como aquellos recintos grandes aislados, en tanto que otros semejan un corral con un pequeño puesto adosado, la existencia de los conjuntos habitacionales mayores (ET10, ET11 y ET19), que exceden lo esperado para una ocupación pastoril temporaria, pondría en cuestión el modelo de la especialización ganadera de las tierras altas de El Alto-Ancasti. De hecho, tal como está planteada, esta supuesta especialización pastoril parece estar pensada en términos de ocupaciones dispersas, poco intensas, con una tecnología orientada principalmente al manejo de los rebaños, que da espacio a una agricultura de importancia marginal y oportunista. Por el contrario, nos encontramos con sitios de arquitectura compleja y técnicas de construcción elaboradas. Pero además de ello, y fundamentalmente, es la existencia de los numerosos sitios agrícolas y la manera estrecha en que se articulan con los espacios residenciales lo que más contradice dicho modelo. El hecho de acondicionar el paisaje agrícola con estructuras duraderas como las terrazas de cultivo implica un grado de inversión que no parece corresponderse con una forma de agricultura oportunista. Pero además, la intención de proteger esta infraestructura de la acción erosiva con potentes muros de piedra en el interior de las cárcavas refuerza la idea de la existencia de un compromiso a largo plazo con ese paisaje productivo.



## VECINDAD Y PRODUCCIÓN DE LO LOCAL

Ya vimos la relación existente entre los conjuntos de habitación y los campos agrícolas, que pudieron ser extremos de un rutinario circuito cotidiano de los pobladores de las viviendas que caracterizamos. Pero si cambiamos la escala de observación, podemos encontrar la expresión espacial de otro nivel de articulación social. Al observar la distribución de los conjuntos habitacionales (Figura 3), se puede notar fácilmente que su distribución no es homogénea. Ello puede ser explicado por la vinculación entre esta categoría de sitio y las explanadas elevadas de suelo loésico que acabamos de mostrar. Esta lógica de instalación supuso una relativa separación entre los sitios de vivienda. Un análisis de estadística espacial<sup>5</sup> informa que la distancia promedio entre vecinos más cercanos es de 418,7 m siendo la distancia media esperada de 333,8 m. El índice de vecino más cercano es de 1,25, lo cual indica una tendencia a la dispersión. En tal circunstancia, vale preguntarse sobre la manera en que esta comunidad que estamos analizando establecía relaciones de vecindad sin la conformación de núcleos aldeanos más compactos como los que suelen ser hallados en otros sectores del noroeste. Pero siempre debemos tener en cuenta que estas relaciones no implican necesariamente cortas distancias entre los sitios, sino la posibilidad de sus habitantes de establecer instancias cotidianas de interacción que podrían caracterizar la inmediatez de la vida aldeana. Visto de este modo, la noción de aldea deja de estar directamente vinculada a un agrupamiento de más de cierta cantidad de viviendas con un determinado grado de proximidad, y pasa a hacer referencia a formas de vecindario que generan una alta frecuencia de interacciones sociales entre vecinos. La proximidad no sería entonces más que uno de estos recursos que, al parecer, fue usado en el área de El Taco de manera bastante limitada a los conjuntos de habitación más extensos, como ET19, ET11 y ET10. En cambio, parece que otros medios fueron los que posibilitaron las relaciones de vecindad entre viviendas más distantes.

En primer lugar, como hemos venido señalando, entre las unidades de vivienda suelen ubicarse las cañadas con estructuras agrícolas. Podemos imaginar, entonces, que estos espacios de producción, antes que meras áreas intersticiales entre los conjuntos de habitación, debieron ser lugares de concurrencia habitual y que, por lo tanto, pudieron haber conformado ámbitos de interacción en los cuales se producían y reproducían las escalas sociales a nivel aldeano. Sin embargo, es relevante destacar dos aspectos en relación con los recursos materiales, vinculados a la lógica de emplazamiento, que pudieron haber actuado en la creación de vínculos de vecindad.

Nazar (2003) propuso que la preferencia por las explanadas elevadas para la ubicación de los sitios de vivienda podía ser explicada por la seguridad que éstas brindan contra las avenidas de agua durante las lluvias, que tienden a vehiculizarse por las cañadas. Se trata de un argumento atendible, pero que debe ser complejizado por una serie de motivos. Uno es que los campesinos actuales eligen, en cambio, los sectores más deprimidos para la construcción de sus viviendas, sin que ello implique que sufran de inundaciones periódicas. Es decir, está probado que otras lógicas de localización pueden proporcionar el mismo efecto de protección. Pero hay un segundo efecto que resulta de mayor importancia para nuestra discusión, y es que la ubicación sobre las explanadas elevadas, además de evitar el ingreso de agua, motiva que los conjuntos habitacionales resulten perfectamente visibles desde varios otros. Este fenómeno de intervisibilidad que resulta evidente cuando uno se ubica en los diferentes sitios y observa el entorno fue objeto de un análisis más detallado que nos permitió reconocer la intensidad de la relación. La Figura 10 muestra las relaciones de intervisibilidad entre conjuntos de habitación que resultan de la determinación de las cuencas visuales correspondientes a cada uno de ellos<sup>6</sup>. El que posee mayor número de relaciones de intervisibilidad es ET 27, que presenta un alto grado de exposición y posibilidades visuales, dado que desde éste es posible observar otros once sitios. En el extremo opuesto se ubican ET 15 y ET 31, que poseen relaciones de intervisibilidad con sólo un conjunto de habitación en cada caso<sup>7</sup>. Considerando globalmente el fenómeno indicaremos que, en promedio, desde cada conjunto de habitación podrían verse otros 4,83 sitios de la misma categoría. Debemos también indicar que el

análisis implementado supone localizaciones fijas, pero si consideramos desplazamientos –incluso de corta distancia– en esa desigual topografía, las posibilidades visuales podrían incrementarse, ya que es frecuente –particularmente en los sitios más extensos– que desde un extremo sean visibles conjuntos que no lo son desde el otro. Podemos imaginar entonces que ver a los vecinos, aun a la distancia, formaba parte de la experiencia cotidiana de los habitantes de estos conjuntos de habitación, y también que esta experiencia debió ser más intensa mientras las casas estaban habitadas, ya que los muros –que sabemos que eran bastante elevados– las techumbres y el humo de los hogares pudieron haber hecho de estas viviendas elementos más destacados del paisaje.

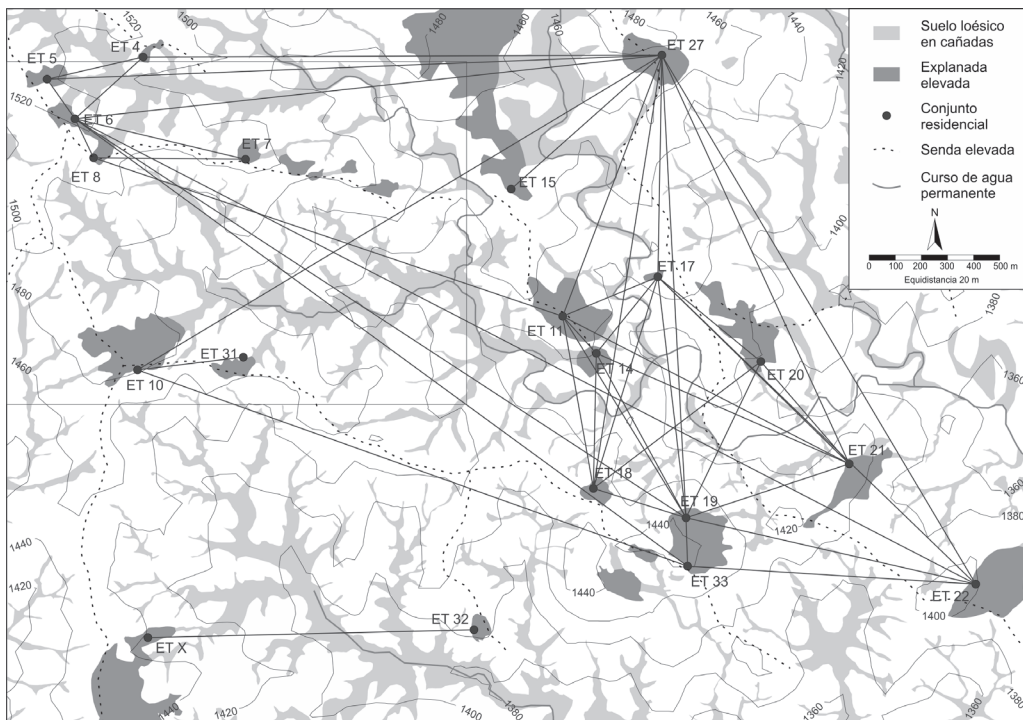


Figura 10. Cartografía que muestra las relaciones de intervisibilidad entre conjuntos de habitación

El otro aspecto a considerar en este sentido es que hay una marcada relación entre las líneas de circulación y la localización de los conjuntos de habitación. Las sendas principales que atraviesan el paisaje de El Taco se ubican, en los sectores más deprimidos, flanqueando los arroyos o, en los más elevados, recorriendo los “filos” de las lomadas. Son perfectamente visibles en las imágenes satelitales de alta resolución<sup>8</sup>, y las hemos recorrido a pie por gran parte de su extensión. Nos interesan aquí las sendas elevadas ya que, al recorrer las dorsales topográficas, van conectando las explanadas elevadas y al hacerlo también van comunicando los conjuntos de habitación dispuestos sobre ellas (Figura 3). Son las que transitan los pobladores actuales “para visitarse”; y algunas de ellas, originalmente caminos de herradura y/o de circulación pedestre, han sido ampliadas para uso vehicular. Tal es el caso de la actual Ruta Provincial N° 13. Es probable que también hayan sido utilizadas en la antigüedad, ya que son las líneas de tránsito que permiten atravesar con mayor facilidad la quebrada geografía del área con menor costo y evitando obstáculos como zanjas y terrenos anegados<sup>9</sup>. La relación espacial de los sitios de vivienda con estas sendas es clara: 16 de los 19 conjuntos de habitación considerados se ubican a una distancia menor a 100 m de alguna de las sendas<sup>10</sup>, lo cual supone un 84,2% de los casos. Si comparamos la relación de los sitios

a las sendas con la de un número igual de puntos distribuidos al azar sobre la misma superficie podemos mensurar la intensidad de la relación. Así, mientras que la distancia promedio a las sendas en la distribución aleatoria es de 224,22 m, la de los conjuntos de habitación detectados es de sólo 69,89 m, es decir 3,21 veces menor<sup>11</sup>. Claramente, las casas se disponen en cercanías de las sendas, entonces, es posible que desplazarse por ese territorio haya implicado también una ocasión de interacción con las familias que habitaban las demás casas conectadas por las sendas.

## DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

En este trabajo caracterizamos el paisaje arqueológico de las tierras altas de las sierras de El Alto-Ancasti dando cuenta de los elementos que lo integran y cómo éstos se vinculan, pero también, y principalmente, indagando en los recursos materiales mediante los cuales se conformaban las relaciones sociales de vecindad. Así, mostramos un paisaje campesino cuyos principales componentes eran las viviendas, las cuales mantenían un alto grado de proximidad con espacios agrícolas aterrizados y sendas que permitían atravesar la quebrada geográfica local. Mencionadas así se tratan éstas de tecnologías de producción y de circulación. Sin embargo, hemos querido aquí caracterizarlas además como tecnologías de interacción, ya que eran las que posibilitaban también instancias de encuentro, de inmediatez social o de contextos de copresencia mediante los cuales lo local, en los términos en que lo hemos definido antes, devenía en esa forma particular de vecindario donde verse y visitarse parecen haber sido situaciones propiciadas por la misma estructuración del paisaje. No obstante estos apuntes, las prácticas que intervenían en la construcción de relaciones de vecindad están comenzando a ser exploradas, por lo que lo planteado aquí debe ser considerado como aproximaciones a un problema más complejo.

Vamos a llamar la atención sobre el hecho de que este paisaje que acabamos de caracterizar no es muy distinto a otros espacios campesinos que se desarrollaron contemporáneamente en los valles de Catamarca y de Ambato, por ejemplo. Llamativamente, también aquellos parecen estar caracterizados por un patrón aldeano disperso con similitudes al que describimos para El Taco. En Ambato, el agrupamiento de las viviendas es también un recurso de excepción para lograr esas interacciones cotidianas que definen la vida aldeana. Los sitios concentrados, si bien parecen ser más frecuentes que lo considerado anteriormente (Cruz 2007), siguen siendo de todos modos muy minoritarios entre una miríada de pequeñas unidades de vivienda dispersas. Al igual que en El Taco, también allí las relaciones de intervisibilidad parecen haber sido un recurso muy común para la concreción de relaciones de vecindad (Assandri 2010). Lógicas similares parecen operar en la quebrada de El Tala, en el valle central de Catamarca, donde los sitios de viviendas agrupadas, como Pueblo Perdido de la Quebrada, resultan excepcionales en un paisaje poblado por pequeñas unidades constituidas por una vivienda y sus parcelas asociadas (Álvarez 2001; Puentes 2003). No sabemos si la intervisibilidad entre viviendas jugó un rol en este caso, pero a juzgar por la existencia de un camino calzado con piedras que pasa por varios de los sitios detectados en la lineal geografía de la estrecha quebrada (Kriscautzky 1996-97), parece que el hecho de visitarse pudo haber sido bastante difícil de evitar para quien quisiera recorrerla. Realmente resulta tentador pensar que sea este modo aldeano disperso el que caracteriza los paisajes campesinos del primer milenio d.C. en este sector del sur del área valliserrana.

Volviendo a nuestra discusión, ¿qué implicancias tiene que este paisaje exista en las tierras altas de Ancasti? Como dijimos al principio, esta área fue conceptualizada como marginal, una zona relativamente despoblada, subordinada, límite de la “sociedad” centrada en el valle; un espacio donde las relaciones sociales se disipan y pierden relevancia histórica al punto que pueden establecerse allí los límites de las áreas de investigación y postergar su estudio a etapas ulteriores que frecuentemente nunca llegan. Sin embargo, si la “periferia” se parece tanto a los “centros”, y en la medida en que ambos términos de la relación se definen mutuamente, podemos interrogarnos

sobre si se trata de esquemas válidos para comprender los procesos históricos regionales durante el primer milenio d.C. Es difícil encontrar en tales esquemas conceptuales lugar para pensar en paisajes campesinos y vidas aldeanas bien establecidas en estos supuestos espacios periféricos como los que nos muestra la serranía de El Alto-Ancasti, y sin embargo, allí están. Esto implica que debemos ser capaces de pensar formas distintas en las cuales las comunidades establecían articulaciones entre ellas que no implicaran nociones de periferia (y por lo tanto, tampoco de centros) en los términos en que fueron definidas, es decir, como áreas marginales. Quizá sea oportuno confrontar aquellos modelos generales que ordenan y jerarquizan los espacios a priori con las formas históricamente particulares en las que estos son construidos localmente.

## AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer a los alumnos de la Escuela de Arqueología de la Universidad Nacional de Catamarca que han participado en los trabajos de campo. También participaron en las prospecciones alumnos de la Carrera de Arqueología de la Universidad Nacional de Tucumán en el marco de la cursada de Práctica de Campo II a cargo de la Dra. Alejandra Korstanje. Mario Pisani en La Flor Morada y Norma y Luchito Barrionuevo en Pantanillo nos brindaron su afectuosa hospitalidad durante las campañas. César Parcero Oubiña realizó valiosas sugerencias para analizar la distribución de los sitios arqueológicos. Los trabajos de campo fueron financiados por la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Catamarca y el FONCYT. Oportunas sugerencias de los/las evaluadores/as permitieron mejorar significativamente este trabajo. Todas estas personas e instituciones aportaron con su trabajo y apoyo a la elaboración de este artículo, sin embargo, la responsabilidad de lo dicho sigue siendo de los autores.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Por ejemplo, Raffino (1975), pero más en general, muchos de los modelos geopolíticos que se basan en los modelos de zonificación altitudinal.
- <sup>2</sup> La distancia entre transectas fue establecida con base en el conocimiento preliminar de los tamaños de los sitios, obtenido por la lectura de los antecedentes y también mediante teledetección de imágenes satelitales.
- <sup>3</sup> Son principales en términos cuantitativos y de escala de modificación del paisaje. También se registraron otros tipos de sitios, como canteras de cuarzo, cuevas y aleros, entre otras categorías de sitios prehispánicos.
- <sup>4</sup> Se trata de las primeras dataciones radiocarbónicas correspondientes a contextos de vivienda en las serranías de El Alto-Ancasti publicadas. Otras dataciones fueron realizadas sobre muestras de mezclas pigmentarias del arte rupestre de La Candelaria, y ubican los eventos de pintado entre el 700 y el 1300 d.C. (Llamazares 1999-00).
- <sup>5</sup> Aplicamos el análisis de Distancia Promedio al Vecino más Cercano (*Average Nearest Neighbor Distance*) mediante el *software* ArcGis™. Este proceso mide la distancia entre objetos ubicados en un área determinada (en este caso, un rectángulo definido por los sitios más externos) y promedia las distancias entre vecinos más cercanos. Si esta distancia promedio es menor que la correspondiente a una hipotética distribución al azar del mismo número de objetos en un área equivalente (Distancia Media Esperada), se considera que la distribución de los objetos tiende al agrupamiento, en tanto que si es mayor tiende a la dispersión. El Índice de Vecino más Cercano cuantifica esta relación.
- <sup>6</sup> El análisis de Cuencas Visuales (*Viewshed*) identifica las superficies del terreno que, en función de la topografía, pueden ser visibles desde una o más localizaciones. En este caso, el procedimiento fue realizado mediante el *software* ArcGis™ con base en un Modelo Digital del Terreno de 30 m de resolución espacial de libre acceso generado a partir de imágenes ASTER.
- <sup>7</sup> Una excepción sólo aparente es ET 32, que no posee relaciones de intervisibilidad con los otros sitios de habitación considerados en este trabajo pero que, sin embargo, sí las posee con otros ubicados más al

- sur pero fuera de nuestra área de investigación, como por ejemplo, ET X, que incluimos en la cartografía para ilustrar esta cuestión.
- <sup>8</sup> Nos referimos a las publicadas por Google Earth™.
- <sup>9</sup> Un desarrollo metodológico para la determinación e interpretación de las líneas de circulación puede ser hallado en Criado Boado (1999).
- <sup>10</sup> Se midió la distancia a las sendas desde un punto central de cada conjunto de habitación. Considerando que algunos de los sitios son de grandes dimensiones, los extremos más cercanos a las sendas se encuentran inclusive a menor distancia.
- <sup>11</sup> La distribución aleatoria de puntos fue generada mediante la aplicación gratuita *on line Random Point Generator* de Geomidpoint.com™ (<http://www.geomidpoint.com/random>). La distancia a las sendas fue calculada mediante el comando *Near* de ArcGis™.

## BIBLIOGRAFIA

Álvarez, S.

2001. Uso del espacio para la producción agrícola y vida rural de grupos de filiación aguada en la quebrada de El Tala. Tesis de Licenciatura inédita, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.

Álvarez, S., M. López y E. Valverdi

2005. Estructuras compuestas para producción agrícola y puestos agrícolas de permanencia temporaria. Sitio Mogote del Carrizal: un caso de estudio. (Dpto. Capital, Catamarca - República Argentina). Trabajo presentado en el *I Congreso Nacional de Humanidades*. Catamarca, Argentina.

Appadurai, A.

2001. *La modernidad desbordada. Dimensiones Culturales de la Globalización*. Buenos Aires, Fondo Económico de Cultura, Ediciones TRILCE.

Ardissone, R.

1945. Las Pircas de Ancasti. Contribución al conocimiento de los restos de andenes en el noroeste de la Argentina. *GAEA Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos* 2 (7): 383-416.

Ares, L.

2006. De patio en patio: una mirada a los patios del noroeste argentino prehispánico, desde La Rinconada de Ambato. Tesis de Licenciatura inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Assandri, S.

2005. Desigualdad y heterogeneidad en el uso del espacio en sociedades aguada del valle de Ambato -Catamarca- Argentina. En S. E. Martín y M. E. Gonaldi (eds.), *La cultura de La Aguada y sus expresiones regionales*: 15-22. La Rioja, EUDELAR.

2010. Espacio de asentamiento y campos visuales en la arqueología del Valle de Ambato, Catamarca, Argentina. *Revista del Museo de Antropología* 3: 61-76.

Assandri, S. y S. Juez

1996-97. Organización espacial de los asentamientos en el valle de Ambato, período de integración regional. *Shincal* 6: 71-81.

Assandri, S. y A. Laguens

2003. Asentamientos aldeanos Aguada en el valle de Ambato. En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 3: 31-40. Córdoba.

Barrionuevo, O.

1972. Investigaciones arqueológicas en Nana Huasi, Ancasti. *Cuadernos de Antropología Catamarqueña* 4: 3-17.

Criado Boado, F.

1999. Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje. *CAPA* 6.

Cruz, P.

2007. Hombres complejos y señores simples. Reflexiones en torno a los modelos de organización social desde la arqueología del valle de Ambato (Catamarca). En A. E. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vázquez y P. H. Mercolli (eds.), *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*: 99-122. Córdoba, Brujas.

Difrieri, H.

1945. Morteros indígenas en Ancasti. *GAEA Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos* 2 (7): 383-416.

Dlugosz, J. C.

2005. Prospecciones arqueológicas en los sitios Los Pedraza y Los Corpitos, Dpto. El Alto, Pcia. de Catamarca. Tesis de licenciatura inédita, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

Earls, J.

1991. *Ecología y agronomía en los Andes*. La Paz, Hisbol.

González, A. R.

1998. *Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*. Buenos Aires, Filmediciones Valero.

Gordillo, I. E.

1990. Ambato: entre pirámides y jaguares. *Ciencia Hoy* 2: 19-24.

1995. Arquitectura y religión en Ambato. Organización socio-espacial del ceremonialismo. *Publicaciones del CIFFyH* 47: 55-110.

Gordillo, I; E. Calomino y V. Zuccarelli

2011. En el cercano oriente: el borde como centro. Arqueología en el Dto. El Alto, Catamarca. Trabajo presentado en el *XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Mendoza, Argentina.

Gordillo, I. y L. Ares

2005. Ingresando a los patios de La Rinconada, Ambato, Catamarca. En S. E. Martín y M. E. Gonaldi (eds.), *La cultura de La Aguada y sus expresiones regionales*: 211-225. La Rioja, EUDELAR.

Gudemos, M.

2003. ¿Una danza de integración regional en las pinturas rupestres de La Salamanca? *Revista Española de Antropología Americana* 33: 83-119.

Haber, A; J. Ferreira, G. Granizo, M. Quesada y F. Videla

1996-97. Construcción de categorías de paisaje en Capayán. *Shincal* 6: 83-100

Herrero, R. y A. Ávila

1993. Aproximación al estudio de los patrones de asentamiento en el valle de Ambato (Prov. de Catamarca, Argentina). *Publicaciones* 6 (4): 1-30.

Ingold, T.

1993. The Temporality of the Landscape. *World Archaeology* 25: 152-174.

Kriscautzky, N.

1995. Avances en la arqueología del formativo inferior en el valle de Catamarca. *Revista de Ciencia y Técnica* 2: 65-82.

1996-97a. Nuevos aportes en la arqueología del valle de Catamarca. *Shincal* 6: 27-34.



- 1996-97b. Sistemas productivos y estructuras arqueológicas relacionadas con la producción agropecuaria en el valle de Catamarca. *Shincal* 6: 65-69.
1999. Sociedades agropastoriles en la cadena del Ambato-Manchao, el caso de la quebrada de la Tala. En C. D. Marín (ed.), *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 89-91. La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.
- Kriscautzky N. y J. Togo
1994. Prospección arqueológica en el valle central de Catamarca, departamentos Valle Viejo, Capital, Fray Mamerto Esquiú, Capayán, Paclín y Ambato. *Trabajo presentado al XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. San Rafael, Mendoza.
- Latour, B.
2008. *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires, Manantial.
- Llamazares, A. M.
- 1999-00. El arte rupestre de la cueva La Candelaria, provincia de Catamarca, Argentina. *Publicaciones del CIFYH* 50: 1-26.
- López, M., N. Kriscautzky y S. Álvarez
2006. Observando Semejanzas y Diferencias a partir del estudio planialtimétrico de dos sitios arqueológicos aguadas: Pueblo perdido de la quebrada I y Pueblo Perdido de la Quebrada II (Dpto. Capital, Provincia de Catamarca). Un Caso de Estudio. *Aportes Científicos desde Humanidades* 6: 209-218.
- Murra, J.
1975. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- Nazar, D.
2003. *Relevamiento arqueológico de la zona austral de la sierra de Ancasti (Provincia de Catamarca)*. Catamarca, CENEDIT.
- Núñez Regueiro, V. y M. Tartusi
1993. Los Centros Ceremoniales del NOA. *Publicaciones* 5: 1-49.
- Pérez Gollán, J. A.
1991. La cultura de La Aguada vista desde el valle de Ambato. *Publicaciones del CIFYH* 6: 157-173.
1994. El proceso de integración en el valle de Ambato: Complejidad Social y Sistemas Simbólicos. *Rumitacana* 1: 33-44.
- Pérez Gollán, J. A. y O. Heredia
1987. Hacia un replanteo de la cultura de La Aguada. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12: 161-178.
- Puentes, H.
2003. *Los primeros tiempos del formativo en el Valle de Catamarca, control de cuenca, manejo hidráulico y uso del espacio, un caso de estudio: Sitio el Tala. (Departamento Capital - Catamarca)*. Catamarca, CENEDIT.
- Raffino, R.
1975. Potencial ecológico y modelos económicos en el NOA. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* IX: 21-45.
- Sayago, J.
1983. Los Suelos de la Sierra de Ancasti. En F. Aceñolaza, H. Miller y A. Toselli, *Geología de la Sierra de Ancasti*: 13-22. Münster, Münstersche Forschungen Zur Geologie und Palaeontologie 59.

Thomas, J.

2001. Archaeology of Place and Landscape. En I. Hodder (ed.) *Archaeological Theory Today*: 165-186. Cambridge, Polity.

Zimmerer, K.

1999. Overlapping patchworks of mountain agriculture in Peru and Bolivia: Toward a regionalglobal landscape model. *Human Ecology* 27 (1): 135-165.